

LA MUJER Y SU ORBITA

«...ni varón, ni hembra. Todos somos una misma cosa en Cristo Jesús». (Gal. 3,28)

Julio Osorio, S. I.

El título de este artículo quiere encuadrar en sus límites el planteamiento del tema que voy a tratar. Una cosa es considerar a la mujer en función de esposa o madre y otra bien distinta, considerarla de cara a la sociedad civil en que se enmarca. En este segundo aspecto me voy a detener.

Y empiezo con algunas aclaraciones: quisiera evitar determinados pasos en falso. La mujer, ni está destinada a la servidumbre, ni a reclamar derechos por represalia. La mujer no debe ser sujeto exclusivamente doméstico ni exclusivo centro propulsor de actividades. Ni todas amas de casa ni todas miembros del Cuerpo Diplomático.

Sin embargo, hay un hecho que se impone: la mujer ha desbordado sus antiguas fronteras. No hay campo de la actividad hu-



FEMINISMO CRISTIANO

mana que le sea extraño. Unas se ven envueltas en los remolinos de la producción colectivista a gran escala, otras se lanzan a los puestos más eminentes, otras baten las marcas disputadas en los ámbitos de la vida deportiva. Y todas, como obedeciendo a una íntima y misteriosa consigna, se afanan por señalar una trayectoria única e insospechada hasta hoy. Bien lo adivinó Lenin cuando le dijo a Clara Zetkin, dirigente del partido comunista alemán: "Hemos de ganar para nuestra causa, los millones de mujeres que trabajan... para la transformación comunista de la sociedad...". Clara Zetkin, asimiló perfectamente los planes del maestro. "Las mujeres comunistas —escribía— no deben ser sólo la fuerza motiva, sino también la rectora de una labor preparatoria... Tienen que extenderse lo más posible entre las masas y ayudar a determinar la acción de las mujeres" (1). Hoy se ha superado con mucho, la vieja consigna de Lenin, y según tenemos entendido, esta determinación adoptada por la URSS no es un nuevo slogan igualitario, sino que constituye algo esencial dentro de la transformación que hoy está experimentando la sociedad comunista. Tienden decididamente a la ruptura de los viejos moldes y se lamentan cuando de hecho encuentran dificultades en las comunidades rurales donde no progresan sus campañas de colectivismo feminista porque en el campo está más afianzada la autoridad de la iglesia ortodoxa y hay más apego a la propiedad privada. A pesar de estas dificultades parciales, los éxitos en este aspecto son clamorosos (2). Unos datos de reciente actualidad, indican la marcha imponente que ha emprendido el movimiento femenino en la URSS: En marzo de 1952 había tres veces más laureadas en cultura superior que en 1940. Con un total de 830.000.

Las mujeres constituyen la mitad de todas las especialidades de alta cultura.

Más del 40 % de ingenieros agrónomos son mujeres.

Más del 40 % de los jueces son mujeres.

Más de 2.500.000 trabajan en laboratorios científicos.

Las profesoras sobrepasan el millón.

Hay 207.000 médicos (doble que en 1940).

280 diputadas en el Soviet Supremo de la URSS.

2.209 diputadas en los soviets de las diversas repúblicas.

500.000 en los soviets locales (3).

La civilización occidental se ha tenido que dar de bruces con este hecho curiosamente precoz. Y el clarinazo nos ha venido otra vez de ese sector de la Europa Oriental que tanto nos preocupa. El Pontífice Pío XII no ha querido que sigamos sin enterarnos y acusa el fenómeno: "[la mujer] ha llegado a la mayoría de edad. Es independiente y con igualdad de derechos. Hoy es igual al hombre en la economía y en el trabajo, en la ciencia y en el arte, en las profesiones liberales, en las oficinas públicas y en la participación de las determinaciones políticas y administrativas del Estado y del Municipio" (4).

Además de aceptar el hecho, Pío XII insiste en que la mujer católica no puede ni debe substraerse a estas tremendas responsabilidades. Esto quedó bien claro el 29 de septiembre de 1957 ante la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas (5). Es interesante anotar de paso, que esta Organización cuenta con treinta y seis millones de militantes. Tiene su Estatuto consultivo ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, de la FAO, del Consejo de Europa y de la Organización de Estados Americanos. A nadie se le oculta que treinta y seis millones de militantes no se or-

(1) Citado por MONS. FULTON J. SHEEN en *La voz divina*. Edic. Planeta 1956.

(2) *East Europe*, vol. VIII (1959) n.º 10.

(3) *Enciclopedia Soviética*, 2.ª edic. tom. XVI, 1952 art. *Zenskii Trud*.

(4) *Ecclesia II* (1957) p. 1162.

(5) *Ibid.*

ganizan para la elaboración de cestas de Navidad ni para la postulación de la Cruz Roja. El movimiento feminista es hoy en el mundo una fuerza no despreciable y que, como todo movimiento nuevo, necesita su encauzamiento. Los campos de experimentación se están multiplicando y no es deleznable este producto humano que hoy se pone en marcha.

Extremos explosivos

A nadie se le oculta que la tajante, cómoda y algo hispánica solución de "la mujer a su casa", no va teniendo aplicación, porque es facilitona y porque es injusta. Esto no quiere decir naturalmente, que se declare huelga abierta al hogar. Es notorio que uno de los peligros con el que tropieza el movimiento feminista es tratar de sustituir al hombre: a éste le han salido mal las soluciones históricas y se impone un nuevo planteamiento por parte de la mujer y al margen del hombre. No. Se trata, no de sustituir, sino de complementar. Es bueno repetir: ni umbrátiles damas de salón, ni Policía Montada del Canadá en su versión femenina. El éxito del movimiento está precisamente en acentuar su posición de *complemento*. Al hombre solo no le ha ido del todo bien en sus soluciones políticas, económicas, sociales. Hagámoslo acompañar de su natural complemento biológico. Quiere decir que al contrario de lo que suponíamos, lo femenino tiene algo que decir en aquellos campos donde nos ahoga un racionalismo y una geometría demasiado fría, y nos falta ese aliento portador del espíritu cuya antena más sensible es la mujer. "Por sus disposiciones innatas, la mujer está más en armonía con las realidades espirituales" (6). Esto también lo ha dicho Pío XII y es preciso tenerlo en cuenta a la hora de sobreponerse a una técnica fría de radiación y átomo que acabe por suicidarnos.

Pero el escollo es bien patente. El

masculinizarse debe ser dirección prohibida para la mujer. La profesión liberal o política que hoy ostenta por derecho, no debe ser fuga para la "temperamentalmente fuerte", sino acceso para una determinada misión dentro del sexo. No es que la mujer necesite el profesionalismo como compensación psicológica. No se puede olvidar que para la doctrina católica, formulada ya espléndidamente por S. Pablo (1 Tim. 2¹³), *la vía ordinaria* por la que llega a su salvación la mujer es la maternidad y la educación de la prole manteniendo ella siempre viva su fe, su caridad y, en lo exterior, una conducta transida de santidad y de modestia cristiana. Pero es que la profesión necesita esos concretos e insustituibles matices de la mujer (7). Es una nueva interpretación dinámica de *la feminidad* la que señalamos: esa maravillosa maternidad del espíritu, que la hace increíblemente fecunda, como jamás lo hubiera soñado cualquier madre de otra hora, capaz de traer hombres a este mundo.

Todo lo cual quiere decir que aún no ha puesto en pie de acción todo el caudal de valores humanos que posee. Hasta el presente apenas si se han explotado más que sus condiciones epidérmicas para el exhibicionismo, los conocidos resortes de tipo sentimental y los recursos utilitaristas de una sociedad muy concebida a lo estrictamente doméstico. Quedan abiertos a su experimentación aquellos campos que hasta el presente han sido patrimonio exclusivo del hombre, siendo así que la inteligencia, el valor, la voluntad y la constancia son valores que no tienen sexo.

La Teología tiene algo que decir

Es interesante observar cómo ante este fenómeno de verdadera riqueza humana, hay quienes, al sentirse desplazados, acuden a viejas y falsas razones de derechos impuestos por la Historia. La

(6) *Ecclesia II* (1957) p. 1157.

(7) FULTON SHEEN, *La vida merece vivirse*. Barcelona 1955.

realidad es que el movimiento —como explosión masiva— es nuevo, pero la historia del primitivo cristianismo nos dice, por ejemplo, que en puntos tangenciales tan peliagudos como los que rozan el sacramento del orden, [que se ha conservado por institución divina como lo más específicamente varonil y totalmente contrario a cualquier incursión del sexo débil], existen casos como el de las diaconisas, que prestaron a la Iglesia servicios incomparables.

Febe, llamada por S. Pablo “diaconisa de la comunidad” de Ceneceas, si bien no consta que ostentase en aquella comunidad un puesto oficial, era, sin embargo, una mujer que para con los cristianos ejercitaba un servicio cualificado de auxiliadora. Tal vez cuidaba de los enfermos, de los pobres, y, posiblemente, ayudaba en el bautismo de las mujeres por razones de decoro. Fué ciertamente una personalidad distinguida, que tomaba bajo su protección a muchos cristianos, y S. Pablo mismo experimentó esa protección. Por eso al final de su carta a los romanos (16¹⁻³) la recomienda a ellos y ruega se la reciba con una acogida digna del cristianismo, se ejerciten con ella a la perfección los oficios de la caridad y se la ayude en todo cuanto necesite de ellos. Más tarde fué cuando el oficio de las viudas (1 Tim 5³⁻¹⁶) se desarrolló y, probablemente, se desplegó en dos formas, una la estrictamente ascética, y otra la de diaconisa, que en realidad ayudaba al Obispo en múltiples ministerios de caridad y de cura pastoral como los antes mencionados y otros muy significativos y vivos preludios de la actuación moderna de los seglares. Así, por ejemplo, se le dice al Obispo en las llamadas “Constituciones de los Apóstoles”: “necesitarás en otras cosas la ayuda de la diaconisa, a fin de que entren en las casas de los gentiles adonde vosotros no tendreis acceso, para asuntos de las cristianas” (8). Estas mujeres sumamente estimadas por su virtud y servicios en las comunidades, lle-

(8) *Didascalia Apostolorum* 3, 17 (16).

garon a recibir una bendición especial en su consagración, a veces aun la imposición de manos, bien que ésta no se entendió nunca como un sacramento propiamente dicho, ni formaban parte estricta del clero, aunque gozaban de distinciones y privilegios litúrgicos en las asambleas, que las asemejaban a los mismos *clérigos*. En algún caso parece que llevaron las diaconisas la comunión pascual a las enfermas (9).

Lo que S. Pablo no dijo

El hecho de que entre las predilecciones de S. Pablo no brille mucho el intervencionismo femenino, se funda en alguna frase cortante de sus cartas: “a la mujer no le consiento enseñar ni arrogarse autoridad sobre el varón”. (1 Tim 2). Pero arrancar de aquí una posición que niegue a la mujer toda jefatura es un vuelo totalmente desafortunado. En primer lugar, porque San Pablo habla en este texto de la *enseñanza oficial de la religión en las asambleas religiosas y litúrgicas* (10). En otras actividades femeninas no piensa ahora. Si es verdad que a la mujer casada S. Pablo señala la humilde y amorosa obediencia a su marido (1 Cor 11³⁻¹²), también es verdad que a la soltera no pone otros límites en su actividad para el bien de los hermanos en Cristo, que los señalados por las características propias de su sexo, su pudor, su delicadeza, su feminidad en relación con el sexo fuerte. Y no se ve qué apoyo pueda encontrar en S. Pablo una

(9) H. LECLERCQ, *Diaconesse*. Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et Liturgie. IV, 1, Paris 1920, 725-733.—F. SOLA, *De sacramento ordinis*. Sacrae Theologiae Summa, IV (3.^a edic.) Matriti 1956, núm. 56-58 pp. 644-647.—A. KALSBAUGH, *Diakonisse*, Reallexikon für Antike und Christentum, III, Stuttgart 1957, 917-928.

(10) El pasaje paralelo 1 Cor 14,34 es transparente en este sentido. Santo Tomás exponiendo el pasaje de 2 Tim dice admirablemente: «hay una enseñanza oficial y esa no entra en las atribuciones de la mujer. Hay una enseñanza privada y así es como una madre enseña a su hijo».

sumisión de la casada al marido que vaya *más allá de las exigencias conyugales y domésticas*. Bien lo prueba un matrimonio como el de Prisca y su marido Aquila, que, amigos, hospedadores, y auxiliares de Pablo, completan la instrucción incompleta de Apolo (Act 18²¹⁻²⁶; 1 Cor 16¹⁹). Sin contar el glorioso cortejo de otras mujeres para quienes San Pablo no tiene sino palabras de cristiano y caballeroso agradecimiento, precisamente por su actividad en bien de las Iglesias: María la romana, que tanto se desvivió por los fieles sus compatriotas, Trifena y Trifosa, “que trabajan en el Señor”, “la amada Persis, que también se ha cansado en el Señor”, Evodia y Síntique, fogosas ayudadoras de S. Pablo en su lucha por el Evangelio (Rom 16⁶⁻¹²; Fil 4²⁻³). Por lo demás, las exigencias históricas de la época no hacían problema de lo que se plantea hoy como emancipación del sexo.

Esto quiere decir, en todo caso, que derivar nuestro problema a determinado tipo de competición entre la mujer y el hombre, no sería encauzar sino dispersar las fuerzas, siendo así que a S. Pablo lo que le interesa es hacer tangible la fuerza de Dios por su Evangelio y por una potencia espiritual puesta en marcha en forma de “Iglesia”. Y en ese marco, es decir, desde el punto de vista del ser cristiano —“en el Señor”, dice S. Pablo— ninguno de los dos sexos tiene valor por sí o premienencia, ambos son de igual valor, como ambos son igualmente creados por Dios: “ni el varón existe sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Cor 11¹¹).

Lo que dijo Nietzsche

A quien preocupe esta mayoría de edad del elemento femenino, no por lo que pueda tener de monstruoso desviacionismo, sino porque incluye un desplazamiento de agentes varoniles, le será útil reflexionar que mientras el varón acentúa más su sexo, tanto menos le alteran las incursiones del sexo contrario en su campo de trabajo. Al con-

trario, no sólo las tolera, sino que las admite con agrado, porque preve que se enriquece con realidades nuevas. En cambio, una sintomatología de intollerancia e irritabilidad ante la presencia de lo femenino, se pudiera interpretar como coeficiente negativo. Sólo así es explicable que el creador del “superhombre” haga unos juicios tan duros de la mujer. “El hombre —dice— en el fondo del alma es malo, pero la mujer es malvada” (11). Y aquello otro: “¿vas junto a las mujeres? —No dejes de llevar el látigo” (12). La razón es clara. El “superhombre” es la exaltación de la bestialidad hasta perder de vista la órbita del espíritu con el que la mujer guarda su más limpia conexión.

Primera acusación: falta de inteligencia

Nietzsche desbordó la estimativa de su maestro Arturo Schopenhauer a este respecto. Frecuentemente, la historia de la Literatura se ha encargado de facilitarnos la mercancía de tópicos adecuados para cada época. De esos tópicos que arrancaron de una verdadera pero errónea persuasión de algunas cabezas ingeniosas. Por eso no es raro encontrarse con pasajes como éste: “[la mujer] —dice Schopenhauer— es de inteligencia asaz limitada... y hasta es dudoso que se le pueda permitir hacer juramento porque es irresponsable...” (13). El trasplante de este “dogma” a nuestros días resulta pintoresco, cuando a cada paso las revistas nos ofrecen noticias de este tipo: “Madame Jeanne Picard, de cuarenta años, y madre de cuatro hijos, ha sido nombrada consejera técnica del ministerio francés de la vivienda” (14). Y esta otra: “Ha sido nombrada Delegada permanente de

(11) F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*. 1.ª Parte. (Edic. Aguilar) Buenos Aires 1947.

(12) *ibid.*

(13) A. SCHOPENHAUER, *Parerga y Paralipomena: Aforismos sobre la sabiduría en la vida*.

(14) *Mundo*, núm. 953 10 agosto 1958.

Suecia en las Naciones Unidas, la señora Agda Rossel, que presentó sus credenciales a su compatriota Hammarskjöld, Secretario General, y presidió la Delegación sueca en la Asamblea General Extraordinaria" (15). Todo lo cual nos hace creer que le hubiera resultado difícil adivinar al agudo pensador alemán, que, al siglo escaso de su muerte, el mismo país que recibió con tanta simpatía la obra que le popularizó, "Parerga y Paralipómena", nos iba a realizar una sencilla demostración de que su pensamiento sobre las posibilidades de la mujer no era precisamente una profecía.

Con mucho sentido de la situación escribía H. Rondet en un bello artículo de la Nouvelle Revue Theologique (16), que la inferioridad intelectual de la mujer aún no se ha comprobado su-

(15) *Mundo*, núm. 958 14 setbre. 1958.

(16) H. RONDET S. I., *Elements pour une Théologie de la femme*. Nouv Rev Theol 79 (1957) 932.

ficientemente y que hasta el presente queda como un producto de la historia no sometido al análisis (17).

De hecho, las realizaciones contemporáneas nos están demostrando que están capacitadas para muchas empresas en las que el hombre no les supera.

La segunda acusación se llama: cobardía.

El miedo en la mujer se ha explotado mucho como diferencial que le sitúa en baja posición con respecto al varón. Aquí hay matices que delimitar: es claro que no resulta decoroso, ni por estética siquiera, el tipo de mujer que acentúa lo hombruno de tal forma que hace desaparecer precisa-

(17) En una estadística de 1954 se lee que en Francia obtuvieron más éxitos sobre los chicos, en los exámenes de la segunda enseñanza. Primera convocatoria: ellas obtienen el 59 %, ellos el 55 %. Segunda convocatoria: ellas el 65 %, ellos el 63. *Catholicisme*, vol. IV. IV arte. *Femme*. Paris 1948, 1169.

Las mujeres del mundo laboral representan:

Inglaterra :	26,6 %
Suiza :	26,5 "
Francia :	22,5 "

Con respecto al conjunto de los trabajadores, las mujeres representan:

Suiza :	36,6 %
Suecia :	35,3 "
Francia :	33,8 "
EE. UU. :	25,8 "

Mujeres en las distintas ramas del trabajo:

		Agríc.	Indust.	Comerc.	Comunic.
Alemania,	1950	55 %	28 %	42 %	10 %
Inglaterra,	1951	11 "	31 "	42 "	13 "
EE. UU.,	1950	9 "	24 "	32 "	15 "
Checoslovaquia,	1947	49 "	26 "	35 "	9 "

mente el valor de feminidad que ha de aportar al binomio humano.

La aparición de la mujer en el campo de la profesión o del clima político no debe venir matizada con el lema de lo sustitucional —como ya dijimos— sino bajo la ineludible misión de lo *complementario*. De eso se trata precisamente. Insistimos de nuevo: su misión es hacer pasar a los estratos sociales aquellos matices inconfundiblemente femeninos que hasta ahora no se habían sometido a experimentación y que en muchos casos mantienen tal vez posiciones en desequilibrio. Pero una cosa es que la mujer no se masculinize y otra bien distinta negarle capacidad para la audacia y el valor en situaciones precisas. Esta incapacidad puede haber tenido una determinante educacional colectiva. A nadie le extrañó jamás que una mujer se dejase arrebatar por el miedo. Pero piénsese por ejemplo, que la Plantilla de Investigación Criminal de New York, dirigida por Mrs. Teresa Melchione (18), [que se ha apuntado ya el éxito de espléndidos servicios], tendrá catalogadas como virtudes profesionales, la audacia y el valor. En cuyo caso, un abandono de servicio por miedo tendría su sanción correspondiente y en consecuencia, el miedo en la mujer será tan subestimado como en el hombre.

Saldo a favor del Comunismo

No quisiera acabar estas reflexiones sobre las incursiones del mundo femenino en la hora actual, sin detenerme a considerar el papel que esta idea pueda jugar en las cábalas marxistas. En realidad es Lenin quien empieza a tomar en serio lo que supondría una campaña de masificación femenina. Su idea es clara: niega a la mujer sus valores humanos para convertirla en productora del Estado. A Lenin le interesa lo numérico. Es exactamente lo que corresponde a su actitud con respecto a la persona humana. Pierde su sentido trascendente para convertirse en unidad que opera en función de la políti-

(18) *Mundo*, núm. 962 12 octubre 1958.

ca colectivista o en la obra reproductora de la raza.

El espartanismo que sella la fisonomía de la mujer bolchevique nos puede hacer creer que las masas no determinan nada y que mientras las mujeres sean brazos que explotan la industria del acero no hay que pensar en que sean capaces de sustentar ideas revulsivas y mucho menos que influyan en el exterior. Este juicio, aparte de ser totalmente unilateral, obedece con frecuencia, a un sistema de propaganda contra-marxista mal llevado.

No conviene perder de vista que desde 1900 las estudiantes hegelianas rusas fueron las primeras en frecuentar las Universidades y desde entonces —a poco que se haya avanzado— el frente total de la mujer puesto en acción política no debe ser despreciable. (19).

Lo que España sugiere

En España aún no se ha impuesto la fiebre de emancipación de otros países. Las marchas forzadas que se observan en ellos obedecen a rudos y huracanados choques ideológicos y aquí andamos en una zona templada donde ni cuajan ni llegan los torbellinos. Lo cual no quiere decir que no tengamos que disponernos para la hipótesis de que haya que afrontarlos alguna vez.

A pesar de que va en aumento cada año el número de las universitarias, tal vez nos encontramos aún en ese primer estadio en el que a la mujer no se le ofrece opción para que, dejando su reclusión en lo doméstico, abraza lo comunitario.

El dato conocido de que no haya aún ningún movimiento que las lance a una verdadera e intrínseca mística de orden superior, nos puede hacer creer que permanece en su minoría de edad y en su condición de súbdita sumisa.

(19) En la URSS el 75 % de los doctores en medicina son mujeres. Los doctores varones tienden más bien a ser administradores de asociaciones médicas, hospitales, sanatorios, etc. *East Europe* vol VIII (1959) núm. 10.

Por lo demás, en ese primer estadio en que la mujer es madre y educadora de sus hijos, nada nos obliga a pensar que obtenga resonantes triunfos, con respecto al varón consorte, precisamente porque padecen un clima más de servidumbre que de soberanía en el hogar. Y así a nadie le resultará extraño leer que un 90 por 100 de mujeres españolas interrogadas en una encuesta, sería, al parecer, estiman que su labor en la familia y en el hogar no es apreciada ni comprendida por sus maridos.

Entretanto, aventuramos unas cuantas conclusiones que puedan iluminar un poco :

a) No existe ley de derecho natural ni divina-positiva capaz de inhabilitar a la mujer para las más altas jefaturas ni para las profesiones de más intrincada responsabilidad.

b) Es de desear que las leyes civi-

les traten de favorecer algo más las exigencias legítimas del mundo femenino.

c) No es deseable que todas ni la mayor parte se oriente en el sentido de una actividad social profesional, porque a un tanto por ciento muy elevado les urgirá más una vocación doméstica, incompatible muchas veces, y otras difícilmente conciliable.

d) Es importante que las cualificadas tengan más frecuente acceso a los cargos de responsabilidad precisamente para enriquecer y a veces equilibrar determinados estratos sociales y políticos.

e) En todo caso se impone un cultivo más inteligente del movimiento femenino. Más atención a la crecida de sus mareas evitando gregarismos y formas primitivas, mediante una conciencia de formación más abierta según los nuevos imperativos.

